

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Manuel Muela Martín-Buitrago. *Manuel Azaña, su proyecto de Estado*. Prólogo de Ángeles Egido. CIERE, Madrid, 2020, 167 pp.

Manuel Azaña es una de las figuras de la historia contemporánea de España más admiradas y más vilipendiadas. No en vano se identificó a la República con Azaña y a Azaña con la República y se le culpó del desenlace de la guerra civil, cuando no de su mismo comienzo. Ahora, que se cumplen ochenta años de su muerte, es posible intentar acercarse al personaje más desapasionadamente, con rigor y conocimiento, alejándonos de prejuicios determinados por aquella etapa de la historia de España que enfrentó a los españoles en una cruenta guerra civil.

Si nos atenemos a la definición de estadista que aparece en la RAE “persona con gran saber y experiencia en los asuntos de Estado”, el calificativo podría aplicarse a muchos de los grandes políticos que en el mundo han sido, pero si ampliamos la perspectiva, ese calificativo solo debería designar a aquellos políticos que tenían un proyecto de Estado en la mente y en el corazón. Ese fue, sin duda, el caso de Manuel Azaña. Aunque se formó como hombre y como político en los años de la Restauración, su condición de intelectual y su preparación como jurista, además de su profundo conocimiento de la historia de España, que se percibe claramente en sus escritos, le habían llevado al convencimiento de la necesidad de acometer una profunda transformación estructural del Estado español.

Cuando Azaña llegó al poder, con 51 años cumplidos, ya tenía una larga trayectoria personal y profesional a sus espaldas. Había fundado y dirigido varias revistas, entre ellas la prestigiosa revista *España*, había sido secretario y presidente del Ateneo de Madrid, que funcionaba en la práctica como un auténtico parlamento paralelo, había ejercido como corresponsal de varios periódicos, visitando los frentes de combate de la Primera Gran Guerra en tres ocasiones, había residido en París, becado por la Junta de Ampliación de Estudios, donde estudió a fondo los entresijos de la III República francesa, había ganado por oposición una plaza en la Dirección General de Registros y del Notariado y había

publicado numerosas traducciones y bastantes libros, entre ellos su *Vida de Don Juan Valera* que, aunque no llegó a editarse, le valió el Premio Nacional de Literatura en 1926.

Su experiencia política, sin embargo, no había sido exitosa. Tras un breve paso por el Partido Reformista de Melquíades Álvarez, del que acabó desengañándose, y después de haberse presentado dos veces como candidato por Puente del Arzobispo (Toledo) en las elecciones de 1918 y en las de 1923, Manuel Azaña apuesta ya claramente por la República que para él: “será democrática o no será”. En 1924 escribe un texto clave: su *Apelación a la República*, que encierra ya un auténtico programa de gobierno, en el que invita a los socialistas a colaborar para instaurar una República democrática. La *Apelación* es un verdadero documento político de combate que rechaza drásticamente la dictadura de Primo de Rivera y declara incompatible la Monarquía con el verdadero liberalismo, que para él es esencialmente democrático:

“En esencia hay dos métodos para gobernar a un pueblo: el absolutismo irresponsable, verdadero ‘antiguo régimen’, o sea el que precedió en la Europa continental a la Revolución francesa, y el liberalismo organizado en democracia, por cuya instauración se ha pugnado en España, más de un siglo, sin lograr su triunfo completo. Nuestra salvación reclama un régimen acorde con el sentido humano de la vida: el liberalismo y las garantías de la democracia. El liberalismo reclama para existir la democracia [...] Democracia quiere decir que los hombres libres defienden, ejercen, garantizan por sí mismos su propia libertad. Y si no lo hacen, no son libres, aunque sean liberales”.

En septiembre de 1930, en el mitin en la plaza de toros de Madrid, ya queda inequívocamente expresado que esa República a la que aspira “será democrática o no será”. Azaña ya se revela como el gran conductor de masas, el gran orador que arrastrará a más de medio millón de personas a oírle en el discurso en el campo de Comillas, en Madrid, o en los grandes mítines de Valencia, en el campo del Mestalla, o de Lasasarre, en Vizcaya. Porque Azaña, además de vencer, parafraseando a Unamuno, convencía, abogando por la responsabilidad individual, que convierte a los súbditos en ciudadanos; por la educación, como motor de la sociedad, y por la libertad, que “no hace felices a los hombres; los hace simplemente hombres”.

Pero además de un gran orador, Azaña fue, por encima de todo, un estadista, como pone de manifiesto claramente el libro de Manuel Muela que analiza con rigor y precisión cada uno de los proyectos de transformación de España que Azaña acometió desde la jefatura del Gobierno. A través de sus páginas el autor nos adentra, de manera clara y concisa, en los propósitos de la reforma del Ejército, en la concepción laicista, que no anticlerical, de las relaciones institucionales entre la Iglesia y el Estado, en el diseño de un Estado integral, que aunaba sin anular, respetando las autonomías regionales, sin desembocar en la federación, y en los presupuestos básicos de una reforma de la propiedad, que pretendía acabar con la desigualdad en el reparto de la tierra, que era, además de un imperativo de eficacia económica, una cuestión de justicia social.

Manuel Muela repasa, con acierto y equilibrio, las principales etapas de la Segunda República, subrayando los aciertos, pero también los errores, a los que hubo de enfrentarse Manuel Azaña, primero en el Gobierno Provisional, como ministro de la Guerra, y después durante el corto pero intenso primer bienio republicano, como jefe del Gobierno. El autor pone de manifiesto los avances y las debilidades de un proyecto de Estado que, si hubiera fraguado, habría convertido a España, con medio siglo de adelanto, en una de las democracias más avanzadas de la Europa de su tiempo. La situación internacional, el avance de los totalitarismos de uno y otro signo, la involución que supuso para la deshecha conjunción republicano-socialista la pérdida de las elecciones de noviembre de 1933, impidieron que fraguase el desarrollo de aquel proyecto ambicioso e innovador, que Azaña encarnó como ningún otro en sus años al frente del Gobierno. La breve etapa del Frente Popular, ya marcada por una bipolarización que el propio Azaña no compartía en su totalidad, desembocó en un golpe militar mal planificado cuyo fracaso abocó a los españoles a tres largos años de enfrentamiento civil.

El lector interesado encontrará en estas páginas, escritas con agilidad y buena pluma, una secuencia ordenada, sopesada y equitativamente descrita de una España que no pudo ser pero que, con hombres como Manuel Azaña al frente, bien podría haber sido. No cabe sino felicitarse porque, en tiempos convulsos, libros como este salgan a la luz. Mirando con objetividad al pasado, quizás sea posible encontrar caminos seguros para construir el porvenir.

Ángeles Egido

